



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10587

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Ente Paises.—Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 d.—Extra-
jera.—Tres meses, 11 d.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 18 DE FEBRERO DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Chaurma-
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

MATERIAL AGRICOLA

Presas para vinos.—Bombas para
trasiego, riegos, lavar y rociar plantas
—Norias para pozos, movidas a vapor
viento ó caballería.—Máquinas para ta-
ponar y limpiar botellas.—Espino ar-
tificial para cercados.—Arados de ver-
tedera.—Desgranadoras de maíz.—
Vías férreas, vagones, plataformas,
cambios, etc., para transporte de feno.
Azadas, legones, picos.—Tuberías de
manga y aceros.

CAMINO PUERTO LUNBE
21, CASSELLINI, 12.

LA QUESTION DE CRETA

Con la intervención colectiva de
las potencias, ha entrado en una
nueva fase la cuestión de Creta.
Mas esta solución, que aleja el pe-
ligro de una guerra entre Grecia y
Turquía, eventualidad que desde
un principio supusimos sería evi-
lada por las potencias, no puede
ser definitiva; y sólo significa en
realidad un compás de espera y
un medio de resolver pacíficamente
ó con menor peligro sobre los
futuros destinos de la isla.

La ocupación colectiva por fuer-
zas de las diversas escuadras eu-
ropéas, no puede ser permanente.
Cuando las tripulaciones de los bu-
ques europeos se retirasen, una
vez restablecido el orden material,
pero dejando subsistente el statu
quo, es indudable que se repro-
duciría la guerra civil entre cris-
tianos y musulmanes.

La independencia de Creta no
sería solución admisible, pues los
cretenses no están en condiciones
de formar un Estado independiente,
que no tendría razón de ser
por motivos de raza, de extensión
territorial, del número de sus po-
bladores ni otros; y que fatalmen-
te caería bajo el protectorado y la
tutela de alguna gran potencia,
siendo ocasión de discordias inter-
nacionales y un peligro para la

paz. Tan evidente es que Creta no
reune condiciones para ser inde-
pendiente, que la misma población
de la isla no lo pretende y su as-
piración es anexionarse a Grecia,
nación de la cual puede decirse
que forma parte Cándia, geográfi-
ca etnográfica é históricamente.

Descartada aquella solución,
quedan otras dos. La primera es
la anexión de la isla al Reino he-
lénico, consentida por las poten-
cias y aun impuesta por ellas a
Turquía, lo cual constituiría, en
verdad, un despojo, desde el punto
de vista del derecho internacio-
nal, si bien las especiales condi-
ciones del imperio otomano ha-
rían disculpable y aun justifica-
rían ante la civilización y la mo-
ral—esta violación del derecho es
triste.

La segunda solución sería el es-
tablecimiento de un régimen au-
tonómico en Creta, garantizado é
intervenido por las potencias de
tal modo, que fuese imposible al
Gobierno turco falsear tales refor-
mas en la práctica. Claro es que
la soberanía del Sultan sobre Creta
quedaría reducida, en este caso,
a un poder nominal, y que el ver-
dadero soberano serían las poten-
cias que garantizaran los derechos
y libertades de los cristianos cre-
tenses. Y ahí está, precisamente,
la dificultad de esta solución, que
a primera vista parece la mas
equitativa y la menos violenta. Un
protectorado colectivo, con cual-
quier nombre que se le disfraze,
no puede ser estable, pues dados
los contrarios intereses de las gran-
des naciones en la cuestión de
Oriente, a cada paso surgirían en-
tre ellas, con motivo de su con-
dominio en Creta, desavenencias pe-
ligrosas.

El interés común puede inspirar
acuerdos transitorios como la in-
tervención que acaba de verificarse;
pero tratándose de un régi-
men permanente, los intereses
particulares se sobrepondrían, y

este «modus vivendi» sostenido
para resguardar la paz, vendría á
ser ocasión de alterarla ó al menos
peligro para su conservación.

Todavía mas quimérico parece
que las potencias consintiesen en
delegar en una de ellas este pro-
tectorado ó vigilancia sobre Creta.
Y fíar como hasta aquí á las
gestiones de los embajadores en
Constantinopla ó a la intervención
de los consules en Creta la aplica-
ción de las reformas otorgadas
por la Puerta, sería de todo pun-
to ineficaz y no impediría la re-
producción de los sucesos ac-
tuales.

Por esto creemos que la inter-
vención de las escuadras europeas
no resuelve la cuestión de Creta,
y que la anexión de esta isla á
Grecia no ha perdido todas sus
probabilidades.

TIJERETAZOS

Dice un periódico:

«Por viva que sea la curiosidad que
los sucesos de Creta despierten en el
ánimo público, su interés nunca puede
ser tan grande para nosotros como el
que ofrecen las dos guerras coloniales
en que está empeñada la nación.»

Perogrullo diría otro tanto.

¿Cómo había de sentir el fantástico
personaje la desventura de Gedeón con
la misma intensidad que la suya pro-
pia?

Leemos:

«Una comisión de ganaderos piden
visitar al ministro de la Guerra para
rogarle que las quintas próximas se sa-
quen en metálico, á fin de no quitar
brazos á la agricultura de los campos.»

¡Córrecho! no entiendo eso.
O es que se pueden formar batallo-
nes de duros en vez de soldados ó con
los duros que se saquen habrá que com-
prar hombres, restando brazos á la
agricultura.

De modo que... no resulta la petición
de los ganaderos.

Unos cuantos sujetos se reunieron el
otro día en el barrio El Regalo de Bil-
bao y discutieron sobre el regionalis-
mo.

Pero de la discusión no salió la luz
sino una pelea de dos mil demonios que
produjo cinco heridos graves, de los
cuales morirán algunos.

Como celebren algunas sesiones esos
regionalistas se queda la idea sin par-
tidarios.

La actitud de Grecia en la cuestión
plantada por turcos y cristianos hace
que la diplomacia se siente la ropa y
se mire de reojo.

Las naciones se preguntan quien

alienta á los griegos y desconfían unas
de otras y alean las armas por lo que
puede acontecer.
Caballeros, no empujar que puede
ser peor.

«El Herald» publica un artículo de
política y lo titula así:

«Perdiendo el tiempo.»
Tratándose de política es lo menos
que se puede perder.

Ya nos contentáramos con que lo
único que nos hicieran perder los po-
líticos fuera el tiempo.

Aunque nos privaran de la grata
ocupación de matarlo poco á poco.

COMERCIO MARITIMO

ADUANA DE CARTAGENA
(Continuación)

IMPORTACION para esta provincia en el pasado año de 1896.

Acero fino al crisol en barras flejes y chapas

	Kilogs.
De Inglaterra.	37.100
De Francia.	516
De Bélgica.	84
Este artículo era destinado para la fábrica de cachillos y nava- jas de Albacete.	
Hierro forjado y acero en barras-carritos	117.375
De Bélgica.	58.300
De Alemania.	630
De Suiza.	
Hierro y acero común en barras de todas clases	
De Inglaterra.	66.331
De Francia.	16.176
De Bélgica.	11.946
De Austria.	7.337
De Alemania.	30.156
Hierro forjado y acero en aros y ruedas de más de 100 kilos para locomotoras y carruajes de ferrocarriles	
De Inglaterra.	14.177
Hierro forjado en ruedas de 100 kilos ó menos para coches y wagones	
De Alemania.	530
De Inglaterra.	884
Hierro forjado en ejes acodados y señales	
De Inglaterra.	417
Hierro forjado en chapas de 3 ó más mjm. de grueso	
De Inglaterra.	153.809
De Bélgica.	8.648
La mayor parte de este artículo fue para el Arsenal de este de- partamento.	

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 89

mas, en aquella época rara era la fiesta que dura-
ba hasta las diez de la noche, porque las costumbres
aun no habían adoptado esa volubilidad que hoy día
las caracteriza, y por lo tanto á medida que se acer-
caba esta hora, todo el mundo se iba retirando, y
las luces iban muriendo como si un soplo mágico aca-
base con tan fugitivos resplandores.

Se iban sin embargo esos gritos perdidos; que tie-
nen algo de lastimeros y que se sienten después de
las grandes fiestas; extinguiéndose melancólicamente
las vibraciones de las vihuelas, el ruido de los bailes,
y el murmullo de la multitud.

Poco á poco iban desapareciendo todos los en-
cantos.

En tal estado, preciso nos será seguir las huellas
de nuestros dos grupos, los cuales llevaban una mis-
ma dirección, conservando una distancia de quinien-
tos pasos.

El primero, compuesto de los tres militares, llegó
á la embocadura de la calle de Tudescos, y se inter-
nó por ella perdiéndose entre la bruma: solo se escu-
chaba el ruido de sus pasos sobre el fango de que es-
taba cubierto el pavimento.

Llegó por último á la altura de la calle de la Lu-
na: estaba oscurísima, y no era fácil caminar por las
aceras, en atención á los ángulos salientes de infini-

CARLOS II EL HECHIZADO

88

El otro grupo que hemos mencionado tenía al mis-
mo tiempo este diálogo:

—Me duelen los huesos de estar de pié, dijo uno.

—¿No te agrada la perspectiva? murmuró el otro.

—Estoy cansado de verla, y mas aun de que el aire
nos dé en los hocicos.

—Vámonos si gustas.

—Pensaba decirte y recordarte que ya era hora
de ir, según nuestra costumbre, á la histeria de la
Cruz Blanca.

—¡Ah! es cierto: se me olvidaba....

—Además de que el hostelero nos dijo que tendría
que habernos interin nos comíamos los lomos de un
javali cazado en el Pardo.

—Sí, sí, me acuerdo; vamos allá.

Y rompiendo grupos, estrujando á los más perezos-
os y protegiendo á la par á algunas mujeres magu-
lladas y medio muertas, lograron alcanzar el ángulo
donde momentos antes estuvieran conferenciando los
tres militares.

Desde allí les fué más fácil caminar, y bien pron-
to se extraviaron entre las quebraduras del terreno
y entre los negros velos de la noche.

Esta era oscurísima; la iluminación, á medida que
se separaba del centro, se iba disminuyendo, pues
el aire y el poco aceite producían sus efectos: ade-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 85

mente atrevidos, cuyos tipos se conservan aun bajo
el nombre genérico de caldereros, y que solo sirven
para dar vueltas en torno de la plaza de Oriente;
las madres gritaban, pero la fuerza de la corriente
las separaba, y sus alaridos se perdían entre la re-
chiffa y la zumba general.

El engañado escudero que seguía á su señor; el
lego caminaba en pos de su guardián; el soldado que
iba del brazo con su querida; el caballero de ancho
chambergó y larga tizona que dormía detrás de su
dama; la mujer disoluta que había alarde de sus afe-
tes y desfachatez; el honrado labriego, la atrevida
cortesana, el enopetado noble; el tímido provincia-
no, todos se apiñaban en un confuso laberinto, posei-
dos por un mismo sentimiento, arrastrados por igual
frenesí y entusiasmo.

Y en medio de aquel estruendo discordante y ex-
traño, cuyo zumbido estallaba en el aire y se perdía
en la lejanía, había intervalos de reposo para dar lu-
gar á los ecos lejanos de la población que espiraban
entre las cantinelas de los amantes y entre los gritos
de mil borrachos.

Pero concretándonos nosotros á algunas parcelas
del gran cuadro que tan torpemente hemos trazado,
vamos á fijar la atención en dos grupos que diame-
tralmente se hallaban opuestos en toda la extensión
de la plaza del alcázar.